

EL ÚLTIMO REDENTOR

EL CAMINO DEL CAZADOR



t!) G. R. MENEGHETTI

PRÓLOGO

**¡Escaneá el link para acceder
al contenido oculto!**



En el principio no existía el tiempo.

Solo el Silencio.

Un vacío eterno, perfecto e inmóvil.

Hasta que el Creador habló.

Y su palabra fue luz.

De aquella primera palabra surgió el cosmos,
y con él, nacieron los ángeles.

Fueron creados de fuego puro y conciencia,
y cantaron al unísono en honor al Altísimo.

Había belleza en su existencia y gozo en su alabanza,
pues no conocían otra cosa que el fulgor del bien.

El Creador les dio forma y propósito.
Y cuando la luz se expandió más allá del velo,
la Tierra tomó su lugar entre los astros.
Entonces el Todopoderoso,
en un gesto de ternura insondable,
modeló al hombre con polvo y hálito divino.
Frágil, limitado, destinado a errar...
pero también dotado de libre albedrío.
Y los ángeles, aunque desconcertados
por la imperfección de aquella criatura,
alabaron al Creador.

Todos, menos uno.
Luzbel.
El primero entre ellos.
El más bello.
El portador de la aurora.

Él no comprendió
por qué el Creador amaría
a una especie tan inferior
ni por qué permitiría
que su Hijo descendiera al mundo
encarnado en un cuerpo perecedero
para redimir a quienes
no merecían salvación.

Y no fue el único.
Otros compartieron su duda.
Algunos en silencio. Otros con fervor.

Y cuando el Todopoderoso anunció
el sacrificio de su Hijo
el amor que mantenía unido el cielo...
se quebró.

Fue entonces cuando estalló la guerra.
Una guerra entre hermanos,
tan antigua que ni el tiempo la recuerda.
Y el cielo... ardió.

Luzbel y sus seguidores fueron derrotados,
arrancados de la gloria y arrojados al Abismo.
Allí, entre gritos y sombras,
erigieron un nuevo orden: un reino de perdición.

Siete generales,
cada uno la manifestación de un vicio antiguo,
alzaron sus tronos sobre las ruinas de su caída.
Y sobre todos ellos,
desde lo más profundo del infierno,
aguardaba Lucifer.

Libre del yugo.
Lejos del tormento.
En una espera perfecta.
Porque él sabía
que el tiempo del retorno llegaría.

Y cuando ese día se alce sobre el mundo...
el fuego que una vez destruyó el cielo...
consumirá también la Tierra.

Pasaron milenios... hasta que se forjó la última profecía

*Cuando el polvo se alce en los pasajes del olvido,
una llama antigua cruzará el umbral de los vivos.*

*Sus pasos harán temblar las piedras,
y los que duermen bajo tierra despertarán sus nombres.*

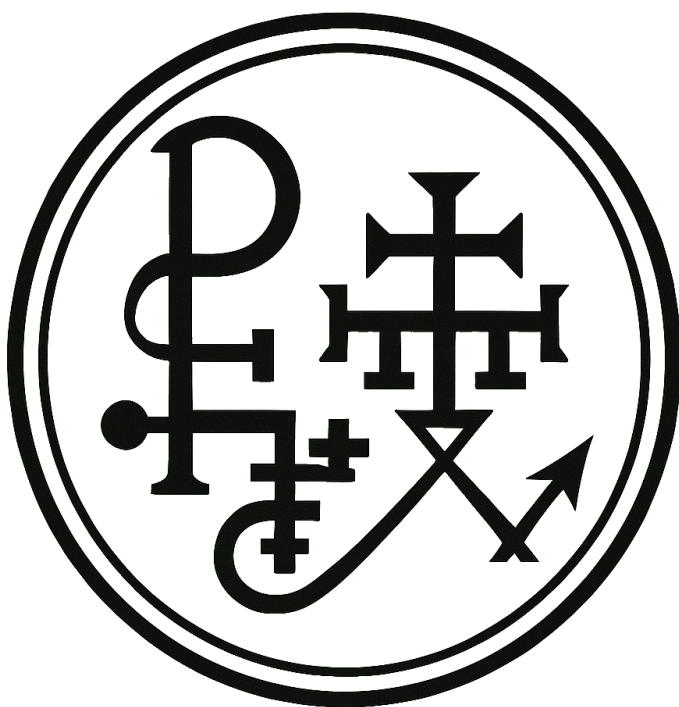
*Uno a uno caerán los tronos del pecado,
las manos del cazador portarán la memoria del fuego,
y su nombre será un juicio.*

*Pero cuidado...
la salvación exige un tributo,
y no vencerá sin pagar el precio.*

*La sangre llama a la sangre,
y en lo profundo del pozo, el Antiguo aguarda atento.*

*La victoria puede ser la llave...
y el final, el verdadero comienzo.*

*El Último Redentor caminará entre los hombres,
para contener el infierno con sus propias cicatrices.*



DESPERTAR EN LA OSCURIDAD

Todo era condena.

Allí estaba, inmóvil, en el epicentro del abismo, en la cámara más abyecta y prohibida del infierno. El aire era un veneno asfixiante, saturado con el acre hedor del azufre, un miasma tan denso que parecía capaz de calcinar los pulmones. Sin embargo, no era algo que pudiera preocuparme; después de todo, hacía mucho que había dejado de estar vivo.

Frente a mí se alzaba el Portal de la Ascensión, una abominación de proporciones ciclópeas, cuya apariencia combinaba un horror indescriptible con una aberrante majestuosidad. Su circunferencia, un arco descomunal de más de cien metros, estaba enmarcada por columnas de cuerpos humanos despedazados. Aquellas figuras antinaturales, mutiladas y a medio devorar, se retorcían sin descanso, exudando gemidos y lamentos desgarradores que reverberaban en la cámara como una sinfonía del tormento. Esta danza macabra no era otra cosa que el cumplimiento perpetuo de su castigo.

El “espejo” del portal no era más que sangre. Sangre que goteaba, que temblaba, que latía con un fulgor antinatural. Era la esencia vital de ángeles y hombres, derramada a lo largo de milenios de batallas innombrables. Aquella sustancia viviente parecía contener ecos de gritos y desesperación, como si su memoria se aferrara al dolor de quienes la habían perdido.

Bajo mis pies, la plataforma sobre la que estaba erguido era un mosaico grotesco formado por cabezas humanas. Sus rostros congelados en expresiones de espanto eterno, sus ojos opacos seguían cada uno de mis movimientos. Al posar mi pie sobre ellos, sus párpados se cerraban con resignación, y cada crujido bajo mi peso era un recordatorio de que incluso en la muerte, la condena no conocía fin.

Al aproximarme al núcleo del portal, el olor se volvió insopor-
table. Bajo la plataforma, demonios menores de formas grotescas
y escurridizas celebraban un festín perpetuo. Arrojabán los restos
pútridos de sus víctimas a lagos de fuego y roca fundida, generando
un siseo que se mezclaba con los alaridos en un crescendo de locura.

En lo alto del gran aro del portal, brillaba una anomalía imposi-
ble: un cristal de hielo azul. Suspendido en un equilibrio profano,
su resplandor espectral mantenía la sangre líquida, impidiendo su
evaporación en el calor abrasador del abismo. Era como el corazón
helado de un dios olvidado, latiendo por última vez en medio del
infierno.

Sabía lo que me esperaba si cruzaba aquel umbral: el Primer Dolor.

No era simple agonía. Era la refundición de un alma rota.

Sangre hecha hueso. Hueso hecho carne. Carne forjada en
tormento.

Cada espasmo, una plegaria profana. Cada grito, un juramento.

Y así, pagué el precio... para volver.

El mundo tembló al otro lado.

En las profundidades olvidadas bajo Budapest, en una sala sepul-
cral más antigua que cualquier mapa, las paredes de piedra comen-
zaron a vibrar con una frecuencia imposible. Las antorchas colgadas
entre columnas romanas parpadearon, aunque no había viento. El
silencio, espeso como brea, fue quebrado por un estruendo que no
pertenecía a este mundo: un latido. Uno solo. Colosal. Primordial.

En el centro de la cámara, el círculo ritual tallado en el mármol comenzó a arder con una llama azul que no emitía calor. Las runas grabadas alrededor del perímetro se encendieron una a una, como si despertaran de un sueño milenario.

Gabriel aguardaba allí, de pie, con el rostro tenso y el alma agitada. Sus ojos, de un gris envejecido por siglos de espera, brillaban con el reflejo de un fuego que sólo los elegidos podían soportar. En su mano, el bastón de fresno que alguna vez llevó el anciano Ezequiel temblaba como si quisiera escapar.

Y entonces, el Portal se abrió.

Un remolino de llamas heladas brotó desde el centro del círculo. No devoraba el aire: lo expulsaba, lo rechazaba. La piedra crujía, gimiendo, presintiendo lo que estaba a punto de cruzar su umbral. Desde dentro de aquel vórtice, surgí, una silueta, primero apenas un contorno, luego un cuerpo que se formaba a sí mismo desde la nada: músculo sobre hueso, piel sobre músculo, luz sobre la oscuridad que lo precedía.

Entonces, emergí.

Mi cuerpo aún humeaba, cubierto por vestigios del ritual del abismo. Cada poro exhalaba calor, sentía que el fuego del infierno se negaba a soltarme del todo. Sentía cómo mis huesos se acomodaban bajo una carne recién formada, ajena, antigua y nueva al mismo tiempo. Mis ojos, no eran los de un hombre. Eran soles apagados, testigos de ruinas que ningún mortal podría imaginar sin perder la razón.

La piel que me envolvía tenía el tono pálido de la ceniza, como si el polvo de mil cuerpos quemados me hubiera sido injertado. Y alrededor de mí, la sombra. No como ausencia de luz, sino como una entidad viva que me seguía como un juramento incumplido.

Di un paso. Apenas uno.

Y la piedra bajo mis pies respondió. La llama azul que envolvía el círculo sagrado se apagó con un suspiro largo, casi humano. El portal, aún vibrante, pareció contraerse como un corazón que da su último latido antes del silencio.

Fue entonces cuando lo vi.

Gabriel.

Cayó de rodillas con una lentitud que no era teatral, sino reverente. Su cabeza se inclinó, y el temblor de su cuerpo delataba todo lo que contenía en el pecho: siglos de espera, de miedo, de fe que sangraba por no quebrarse. Lágrimas surcaron su rostro sin pudor alguno, como si aquel momento lavara sus dudas, sus culpas, su carga.

—Lo estaba esperando, mi Señor —susurró.

Su voz ya no era la de un ángel. Era la de un humano que había envejecido bajo el peso del tiempo, del dolor y de la esperanza.

No respondí de inmediato.

Di un segundo paso, más firme, aunque todavía torpe. Aún no me acostumbraba a este cuerpo: una prisión de carne reconstruida a partir de mi sacrificio, una máquina viviente hecha para contener fuego, pena y justicia.

Me acerqué a él, aún postrado.

El aire entre nosotros parecía cargado, como si todo el pasado hubiera estado esperando este instante para liberarse.

Extendí mi mano.

—Levántate, Gabriel —dije, con una voz que aún no me pertenecía del todo, áspera como roca recién nacida—. Ahora somos hermanos en una misma batalla. No me digas “Señor”. Solo llámame por mi nuevo nombre...

Hice una pausa. Fue un instante breve, pero todo pareció detenerse.

—Caelus. Con eso es suficiente.

Gabriel levantó la vista. Sus ojos, aún empañados por las lágrimas, buscaron los míos. Y por un momento, no vimos ángel ni redentor. Solo dos guerreros, al borde de un mundo condenado, enfrentando juntos el principio del fin.

El viejo ángel aún estaba arrodillado cuando mis ojos, torpes y sedientos, comenzaron a recorrer el lugar.

La cámara no era lúgubre, ni macabra como el abismo del que acababa de surgir. Era antigua, sí, como si el tiempo mismo se hubiese detenido en sus muros. Majestuosa a su manera, cubierta de símbolos olvidados tallados con precisión reverencial. Arcos de piedra curvada se entrelazaban en el techo como raíces de una criatura inmortal, y un débil resplandor azul emergía de las grietas en el suelo, iluminando la penumbra con un aliento de eternidad.

Me aparté un poco y el frío me golpeó como una revelación.

No fue un frío devastador, sino el de la vida, el que se cuela por los huesos y te recuerda que el cuerpo es finito. Respiré... y el aire inundó mis pulmones como si lo hiciera por primera vez. Era denso, con sabor a polvo y piedra antigua. Me estremecí.

Sentí el peso de la gravedad jalando mis hombros, el tirón sutil de cada músculo respondiendo a un cuerpo que no recordaba. Cada paso era una negociación con la carne. Mis ojos, ahora humanos, luchaban por adaptarse a la penumbra; las sombras se estiraban como memorias que no lograba descifrar. Y los sonidos... oh, los sonidos. El eco de las gotas, el roce de la túnica de Gabriel al moverse, mi propia respiración... cada uno llegaba amplificado, desnudo, y toda la creación me hablaba al oído por primera vez en milenios.

Gabriel se incorporó lentamente, con la reverencia de quien asiste al despertar de una profecía viviente. Me observó en silencio, tal vez notando en mí lo que ni yo mismo alcanzaba a entender todavía.

—Mi señor... —titubeó Gabriel, aún con los ojos húmedos—. Digo... Caelus. Tenemos mucho que discutir. Pero antes de seguir...

Se giró hacia una de las paredes, donde un pequeño arcón de madera oscura y gastada por los siglos aguardaba, presintiendo que este momento llegaría. Lo abrió con cuidado, casi con ceremonia, y de su interior extrajo una túnica sencilla, tejida en algodón claro. No tenía adornos ni símbolos, pero irradiaba una quietud sagrada, como si hubiese sido bendecida por el paso del tiempo y la espera.

Me la entregó con ambas manos, bajando ligeramente la cabeza.

—Para cubrir tu cuerpo... si me permites.

Asentí en silencio. Todavía no encontraba palabras; el lenguaje me parecía un recurso menor ante el alud de sensaciones que me invadían.

Al colocarme la túnica, la suavidad de la tela sobre mi piel fue un estremecimiento puro. Un roce, y mis sentidos se encendieron como antorchas. La tela abrazaba mis hombros con ternura desconocida. La sensación de tacto era una revelación: cada fibra parecía cantar contra mi carne viva.

Inspiré de nuevo, y el olor del algodón mezclado con el polvo milenario de la cámara me resultó extrañamente reconfortante. Mi oído captaba incluso el crujir de la tela al deslizarse sobre mi cuerpo, y mis ojos, aun adaptándose, se aferraban al contraste entre la túnica clara y la piedra oscura que nos rodeaba.

Era demasiado.

Demasiado color, demasiado sonido, demasiado tacto.

Mi mente, forjada en la eternidad, trataba de filtrar un torrente de información que un humano ni siquiera notaría, pero que para mí era un rugido constante.

Y sin embargo...

Había belleza en esa tormenta.

Me detuve, cerré los ojos y respiré hondo. Por un instante, el mundo se aquietó.

Al abrirlos, Gabriel me observaba con un respeto mezclado con comprensión. Sabía lo que significaba volver. Sabía el precio.

—Gracias —dije finalmente, con una voz que sonó más rota y profunda de lo que esperaba, como si arrastrara aún la resonancia del otro lado.

Gabriel se agachó una vez más, esta vez con mayor delicadeza. Tomó un par de sandalias de cuero oscuro, curtidas a mano, y con gesto reverente las colocó frente a mí.

—No querrás caminar descalzo por estas piedras eternas —dijo con una leve sonrisa que no ocultaba su emoción.

Me senté brevemente en uno de los escalones y, con movimientos torpes, aun acostumbrándome al equilibrio, al peso, al roce del mundo, me calcé las sandalias. El cuero estaba tibio, como si hubiese esperado siglos por ese instante. La textura áspera contra la planta de mis pies envió una oleada más de estímulos, un recordatorio sutil de que ya no era espíritu ni sombra... sino carne.

Se incorporó, hizo una leve inclinación de cabeza y, girándose, pronunció:

—Acompáñame. Hay muchas cosas que necesitas saber.

Producción editorial
Tinta Libre Ediciones

Diseño de interior
Departamento de Arte Tinta Libre Ediciones

Coordinación editorial
Gastón Barrionuevo

Diseño de tapa
Departamento de Arte Tinta Libre Ediciones

Meneghetti, Gerardo Ricardo

El último redentor : el camino del cazador / Gerardo Ricardo Meneghetti. - 1a ed. - Córdoba : Tinta Libre, 2025. 380 p. ; 21 x 15 cm.

ISBN 978-631-306-946-0

1. Narrativa Argentina. 2. Novelas. 3. Novelas Fantásticas. I. Título.
CDD A860

Prohibida su reproducción, almacenamiento y distribución por cualquier medio, total o parcial, sin el permiso previo y por escrito de los autores y/o editor. Está también totalmente prohibido su tratamiento informático y distribución por internet o por cualquier otra red.

La recopilación de fotografías y los contenidos son de absoluta responsabilidad de/l los autor/es. La Editorial no se responsabiliza por la información de este libro.

Hecho el depósito que marca la Ley 11.723
Impreso en Argentina - Printed in Argentina

© 2025. Meneghetti, Gerardo Ricardo
© 2025. Tinta Libre Ediciones



www.tintalibre.com.ar